

LA ESENCIA

Por
CAÑIZAR

Siempre me ha encantado el olor a lavanda. De hecho una pequeña parte de mi vida ha estado ligada a ella, por eso cuando voy a comprar un simple ambientador para el coche o uno de esos que nos empeñamos en esconder en el cuarto de baño, pálidas copias del original, no puedo evitar sentirme trasladado a un lugar muy querido hace muchos años...

- Vamos, despierta, que se te hace tarde.
- Voy, madre

Se nota ya fresco al levantarse, de hecho queda poco para la fiesta del Cristo de Priego y hoy se va a cocer la última caldera de espliego. La temporada no ha sido mala pero cada vez cuesta más hacer carga y poco a poco la gente está dejando de ir a segar las matas que crecen a su antojo por todo el término.

Cuando bajo, madre ya está haciendo la malta tostá, pero como a la leche todavía le falta subir una vez más, aprovecho para ir a hacer la aportación mañanera a las patacas del huerto de Orencio. Cuando vuelvo, el tazón con la leche y el pan esmigao ya está preparados, hasta mañana no toca cocer y ya no queda torto para hacer mojaos.

Después de coger agua, para lavarse, de los cántaros que hay en la cocina no puedo dejar de admirarme de la habilidad y la fuerza de madre para traer los cántaros con una rodilla en la cabeza y a veces uno en cada mano, con lo menuda que era.

- Hijo no te estés que ayer fue a dormir Juan Miguel a la Cañaila para hacer carga y no tardará mucho.- dijo padre.

El muchacho no se hizo de rogar y fue camino de la caldera. Ésta se encontraba en el medio de un zopetero al lado de la fuente de las Callejas. La caldera de hierro era propiedad de Justo Vera, un comerciante de Cuenca que normalmente ganaba la subasta que hacía el Ayuntamiento para la recogida del espliego.

En el momento que el Ayuntamiento desvedaba la corta de las matas, generalmente cuando la siega estaba a punto de terminar y siempre de los lugares más alejados del pueblo hacía éste, la gente comenzaba a traer el espliego para la extracción de su esencia por medio de su cocción.

El cuerpo principal de la caldera constaba de dos partes separadas por una rejilla. La parte inferior se llenaba de agua a base de cubos que se iban pasando unos a otros las dos o tres personas que ese día estuvieran trabajando. Hoy se acordó, vendrá el tío Arturo, el hermano de madre, por lo tanto tendrían que cocer cuatro calderas ya que también estará padre. Si sólo hubieran sido dos personas trabajando se cocerían tres calderas. En la parte superior se colocaban los haces de espliego después de quitarles los ramales que los sujetaban. Se podían meter de 40 a 45 arrobas.

Después se colocaba una tapadera cuya junta se sellaba con arcilla roja, el muchacho prefería la recogida en la Serna. Ambas partes se sujetaban con unas grapas de hierro para evitar que el vaho procedente de la cocción no se escapara. De la parte superior de la tapa partía

una cañería ancha que recogía el vapor cargado de los aceites de las matas. La tubería se iba estrechando hasta llegar a un serpentín dividido en secciones sujetas por vendas y más arcilla, sumergido en un estanque que habían hecho aprovechando el agua de la fuente. El serpentín moría en un vaso metálico en el que se recogía el vapor condensado por el frío del agua.

- Buenos días, Juan Miguel.- saludé.- ¿Qué tal ha ido la cosa?

- Bien, pero ya se nota que refresca.- contestó Juan, mientras empezaba a descargar al macho.

- Voy por el peso. - contesté. Se trataba de una gran romana propiedad del Ayuntamiento y que había pedido al comenzar la temporada, así se evitaban malentendidos con el peso de las cargas. Era junto con la barra que se utilizaba para sacar piedra del término una de las herramientas que la gente de casa podía pedir al Ayuntamiento cuando les hacía falta.

La romana la habían montado en un trípode hecho con fuertes cabrios de pino para trasladarla de un sitio a otro dependiendo de dónde se descargara el espliego.

- Diez arrobas y media, Juan. -cantó el muchacho el peso una vez que se estabilizó la pesa, espera que te doy el recibo.

- Pásate esta noche por casa y te paga padre, esta tarde vendrá uno de los encargados de Justo Vera a recoger los depósitos de esencia y traerá dinero para pagar.

- De acuerdo, luego me pasaré, que tengas buen día -dijo despidiéndose Juan.- Voy a ver si doy de beber al macho y seguimos con la faena.

Viendo a Juan Miguel alejarse llegó padre y comenzamos entre los dos a llenar la caldera de agua, cuando apareció el tío, relevó a padre y mientras los más jóvenes íbamos acarreando los cubos de agua, padre fue recogiendo las matas secas procedentes de los reos anteriores con los que habían hecho parva y que se utilizaban como combustible para las futuras calderas, después prendió la lumbre para que el agua empezara a calentarse.

Una vez que la caldera estaba llena de agua, comenzaron a llenarla con las matas de espliego. Era espliego de los altos y se notaba. Tenía más espiga y menos tallo por lo que pesaba más y se podía extraer más esencia que otros reos que tenía más tallo y menos espiga. Sin dudar, una vez que las matas ya asomaban por el borde de la caldera se subieron encima para aplastar y con su peso llenar la caldera al máximo. Una vez llena procedieron a taparla y sellarla con la arcilla y las grapas.

Tonio desde lo alto de las matas vio a Ramiro el hijo de Santos que se acercaba.

- Buenos días.- saludó.

- Buenos días.-contestó Ramiro, - ha preguntado mi padre que si luego se puede pasar.

- Pues claro que se puede pasar. Cuando terminemos el último reo, os daréis cuenta cuando quitemos la tapa.- contesté.

Las visitas de Santos se debían a buscar alivio al dolor de huesos que sufría. Se tumbaba en el suelo y se tapaba con una manta. Cuando destapaban la caldera cubrían la manta con el espliego húmedo y caliente que sacaban de ella con las horcas de púas de metal, si el "paciente" encontraba mejoría con el tratamiento yo no veía ningún mal en ello.

- Vamos a almorzar antes que tengamos que estar pendientes del agua.- dijo padre

Después de comernos el potaje que había traído una de mis hermanas, comenzó la parte más delicada del proceso.

El serpentín moría en un cubo metálico el cuál recogía el vapor procedente de la caldera que al pasar por los tubos enfriados por el agua se volvía a convertir en líquido.

Al saber la cantidad de cubos con los que habían llenado la caldera, se tenía una idea aproximada de los cubos de agua que se tenían que desechar antes de que la esencia empezara a aflorar. La cuenta de los cubos de agua que se iban tirando se llevaba con unas piedras que se iban dejando encima del vaso metálico en el que se acaba el proceso y de vez en cuando con un vaso de cristal se iba verificando la cantidad de esencia que había en el agua. Como el aceite flotaba por encima del agua, ésta se quedaba en la parte superior del vaso. Teniendo en cuenta el trabajo que requería todo el proceso era vital que no se desperdiciara ni una gota de esencia.

En ese momento padre, que se estaba encargando de mantener el fuego de una manera constante para que tuviera la fuerza suficiente para que todo fuera bien, pero no la demasiada para que la caldera tuviera mucha presión me dijo:

- Deja esto en manos del tío y vamos un momento a casa, que ha venido Pedro.-dijo

Pedro era el encargado de Justo Vera que tenía asignada esta zona de la sierra. Recogía la esencia que se iba almacenando en los pueblos, traía el dinero con el que pagar a la gente, revisaba que los recibos que se daban a la gente tuvieran bien reflejado el peso del espliego para luego su pago, etc. En ese momento se encontraba en casa tomándose una copilla de aguardiente de Fresneda, del que nunca faltaba en casa y que solía formar parte del trueque cuando iban a cambiar patatas y judías o a herrar algún macho a casa de Argimiro, acompañando unas galletas que le había sacado madre.

- ¿Cómo va la cosa?-preguntó mientras le daba la mano a padre.

- No va mal.-contestó padre.

Después se pusieron a revisar las cuentas y los recibos y comentar como iba la cosa ese año.

- Gracias por todo Elisa, se despidió de madre, tú como siempre tan hospitalaria.- se despidió, madre como siempre tan contenta de tener a alguien en casa.

- Siento ir con prisa, dijo Pedro.- pero tengo que pasar todavía por Cañamares y Vadillos, vamos a recoger las latas que tengáis.

La esencia se recogía en unos bidones metálicos. Los bidones tenían en su parte inferior un tapón, que servía para purgar el agua que se hubiera podido colar al recoger la esencia. El purgado se realizaba un par de días después de la cocción para darle tiempo a la esencia a que reposara.

Mientras iban al corral de la abuela Vitorina en el que tenían guardados los bidones, a los que al terminar la temporada les haría compañía la caldera, Pedro siempre hacía el mismo comentario al pasar al lado de las regueras abiertas en las que el agua no paraba de correr.

- No sabéis la suerte que tenéis.-decía, en Carrascosa, tienen que bajar a cocer a Vadillos porque no tienen agua suficiente.

Ya en el corral le ayudaron a sacar los bidones al borde de la carretera y a subirlos al camioncillo que había traído.

- Hasta el año que viene.- se despidió sacando el brazo por la ventanilla, que paséis buen invierno.

- Vamos a ver cómo va el tío.-dijo padre.

El tío ya estaba tapando con un corcho la última botella de esencia de la temporada. Cinco litros de esencia y casi tonelada y media de espliego cocido en el día en tres procesos.

En ese momento, el de la última cocción, siempre me sentía un poco triste. Durante los meses que nos ocupábamos de ella suponía un cambio, algo que alteraba la rutina de todos los días, el preparar los huertos, sembrar, regar, las largas tardes de invierno en las que anochecía tan temprano, en fin algo que rompía la rutina.

- Caballero por favor pase por esta caja y le cobro.-dijo la cajera, pero el hombre no la escuchaba. En un par de semanas iría al pueblo y subiría con los chicos a la Fuente Grande para ver como pisaban las matas de espliego por el simple placer de ver como salían disparados los saltamontes en todas direcciones. Cogería un ramillete de espliego para hacer una mazorca y ponerla en el salpicadero.

- Señor, ¿le pongo el ambientador?- preguntó la cajera.

No gracias, me haré con uno mejor.- contestó el hombre, y se fue sonriendo cargado con las bolsas.